



**Ensayo sobre el presagio, el sueño admonitorio, la premonición, la divinanza, la magia y la religión en su relación con el Poder en el drama “Edipo rey”; en la historia trágica de Moctecuzoma II; en la historia verdadera y en la fantástica leyenda del inca Viracocha; en el horrendo relato medieval de Julián el Hospitalario, obra de Flaubert, y en el patético drama calderoniano titulado <La vida es sueño.>**

### **Juan Dager Nieto**

*“No seáis agoreros ni deis crédito a los sueños, porque no a todos es dado el entenderlos”.*

La obra de teatro <Edipo rey> fue escrita por Sófocles quien desarrolla su obra en el período de Pericles o siglo de Oro de la Democracia ateniense. Para Aristóteles es el modelo de la verdadera tragedia. Sin embargo, es la menos original de las tragedias. Su valor depende no del asunto mismo sino de la manera como se desenvuelve este. Su asunto es una compleja mezcla de temas de la tradición popular, del folklore. En el gran tema hay asuntos universales. Esos temas son: el del niño abandonado; el del adivinador de enigmas; el del individuo que toma el reino o el Poder por aventura y no por tradición; el parricida que ignora que lo es; el incestuoso, que igualmente, no lo sabe; el del sujeto que se condena a sí mismo desde el Poder porque es el hombre tomado de la

angustia, de la ansiedad, el clásico <Heautontoroumenon> u <hombre que se castiga a sí mismo>;

de cómo cambia la Fortuna, etc.

Edipo se dirige al sacerdote preguntándole qué motiva que el pueblo esté postrado en tierra.

El sacerdote le responde que la Peste anonada la ciudad. Que el pueblo le juzga a él el primero entre los hombres. Que él

era el que conocía –como nadie- los alternantes cambios y mudanzas de la vida humana, según el sacerdote.

Edipo dice cómo envió a Creón su cuñado a la mansión de Febo en Pitia para que consultara al oráculo acerca de lo que debía hacerse para salvar a la ciudad.

Creón regresa a Pitia y se presenta a Edipo, quien le pide que hable. Creón manifiesta que el oráculo manda que arrojen de la ciudad a la mácula que la infesta.

Edipo le pregunta qué exigencia hace el oráculo. Creón responde que vengar una muerte con otra muerte.

Edipo pregunta qué la muerte de quién. Y Creón responde que quién gobernaba la ciudad antes de Edipo. Edipo dice que oyó decir de la muerte de Layo, el antiguo rey. Y pregunta que dónde fue asesinado Layo. Al preguntar Edipo quién vio los hechos, respondió Creón que todos habían ya muerto. Que sólo quedaba uno solo y que llegó lleno de espanto y que nunca había podido dar informes sobre el hecho, salvo en un solo dato.

Al inquirir Edipo qué cual dato, que por él se podía deducir más. Ladrones fueron – dijo Creón- quienes le salieron al paso y le mataron en gavilla.

Edipo preguntó que porqué no se hizo justicia sobre la muerte del rey. La respuesta de Creón fue que la Esfinge aconsejó eso, no hacer justicia. Que sólo se atendiera lo del presente, respetando el misterio.

Entonces Edipo prometió retomar judicialmente el caso otra vez desde el principio. Dice: “yo seré el vengador de la muerte del rey Layo”. Que lo hacía por su propia salud. Que quien había asesinado al anterior rey podría ahora matarle a él.

Al terminar el coro su canto en que pedía a Apolo y a Artemisa el castigo por la muerte del rey Layo, Edipo oye los últimos versos del coro. Pregunta al Coro si eso es lo que él pide. Y le dice al coro que él se encargará de que aquello se cumpla.

Edipo ordena que el que sepa algo del asesinato de Layo se presente ante él y lo diga. Y añade que al culpable no se le dará castigo y en cambio se le premiará con la gratitud.

Es necesario pensar en que si el rey Layo no hubiese sido asesinado, Edipo no hubiese sido rey. A su vez, Edipo continúa diciendo que si por el contrario el asesino calla entonces nadie debía hablarle en la ciudad, ni aceptarle en los ritos ni en las abluciones lustrales. Que el asesino debía ser expulsado de su casa y aún de la ciudad misma. Pues el asesino de Layo era el causante de que la ciudad sufriera. Que él vengaría a Layo como si fuese **su propio padre**.

El Corifeo dijo a Edipo que sus palabras eran como solemnes imprecaciones y que él no era el asesino de Layo. Y añadió el Corifeo que tenía una segunda insinuación que formular. Edipo le pidió que hablara y el Corifeo dijo que se llamara a Tiresias, que con Febo era también <rey del oráculo>. Que se le llamara para que aclarara el misterio.

Al poco tiempo de responder Edipo que ya lo había llamado por insinuación hecha por Creón a Tiresias, este llegó ante el rey Edipo. Este le dice al adivino Tiresias que no le niegue su ciencia. Que salve al rey y a la ciudad toda. Tiresias dice que el saber es cosa terrible cuando el sabio no

aprovecha del saber. Que él lo había olvidado todo, que de haberlo recordado no habría acudido ante Edipo.

Edipo insiste con Tiresias en que se franquee; Tiresias, en cambio, le pide a su vez, que lo deje volver a su casa. Edipo se queja de la conducta de Tiresias porque es indiferente con la suerte de la ciudad pero Edipo le impide el despedirse. Tiresias le dice que no quiere ser causa de dolor para nadie y menos para sí mismo.

Al increpar Edipo al oráculo Tiresias, este le responde al rey que no lo censure por eso, pues es el rey quien debe ser censurado. En la disputa, el adivino advierte que la suerte adversa se mostrará de cualquier manera, ya sea que él hable o que calle. Al retarlo Edipo a que hable Tiresias dice que no hablará más, pase lo que pase.

Edipo acusa seguidamente a Tiresias de ser el autor del asesinato del rey Layo a través de un testafarro, pues así lo obliga su ceguera.

El oráculo Tiresias revira contra el rey Edipo acusándolo, a su vez, del crimen contra el antiguo rey. Edipo increpa al adivino por esto que él considera una osadía, pero el adivino dice estar liberado de ese peso al haber ya hablado.

Tiresias se defiende diciendo que habló obligado por el rey

pero Edipo le pide que reafirme lo que antes le dijo porque esta confuso con lo que ha oído. La acción dramática se incrementa realmente al decir el vidente que la verdad es que el rey es realmente el verdadero asesino del rey Layo.

Al amenazarlo por esto Edipo, Tiresias le dice al mismo que vive sumido en la infamia y que no lo sabe.

La ira de Edipo va in crescendo al continuar el oráculo hablando e insultándolo pero Tiresias le dice que él no tiene poder de castigar al rey por su crimen sino que será Apolo quien lo haga.

Edipo suelta una filípica sobre lo que él piensa que es una conjura para deponerle pues sabe que le ven como a un advenedizo pero que él defenderá su dignidad de rey de Tebas.

El Corifeo, que es la voz del pueblo, interviene diciendo a Edipo que si el adivino habló, también él lo ha hecho. Y añade que lo importante es dar cumplimiento a lo que el oráculo ha dicho.

Tiresias interviene otra vez para decir que él es un igual del rey en el uso del derecho de la palabra. Y aclara que él como vidente está fuera de la jurisdicción del rey y que sólo está sujeto a la ley del dios Apolo. Niega estar inmerso en conjura alguna contra él. Seguidamente dice al rey que es verdad que padece ceguera pero que tampoco Edipo ve porque ignora la verdad. A continuación en una serie de imprecaciones Tiresias le vaticina a Edipo los males que le habrán de sobrevenir dispuestos por el Destino.

Edipo arroja de su palacio al vidente Tiresias después de que este le descubre que él mismo es el asesino de su padre Layo y al mismo tiempo esposo de su propia madre, Yocasta.

Al entrar, Creón dice que se ha enterado de que ha sido calumniado por Edipo y que eso no puede sufrirlo. El Corifeo tercia buscando el entendimiento y le dice que esa calumnia ha nacido de la ira y no de la mente.

Creón continúa diciendo que se ha afirmado que él ha instigado en el vidente Tiresias falsas profecías. Al entrar Edipo, y ver a su cuñado Creón le acusa de ladrón y de ambicioso por pretender destronarlo. Creón, al defenderse, sugiere que Edipo envíe al santuario un oráculo para aclarar que no se ha puesto en inteligencia con el vidente Tiresias para usurpar el Trono. Cuando sale Yocasta se coloca entre

los dos disputantes, el rey Edipo, su marido, y su hermano Creón, quien sale diciendo a Edipo su cuñado que <gente como tú es la que a nadie atormenta más que su propia alma>. Preguntado por Yocasta sobre el motivo de la reyerta Edipo le dice que Creón ha urdido con ayuda del adivino Tiresias la especie de que él ha matado al antiguo rey Layo. Yocasta le dice a Edipo que a Layo le llegó una vez un vaticinio pero no de Febo sino de sus propios servidores en el sentido de que su destino era el morir de mano de un hijo suyo habido con ella misma. Continuó diciendo Yocasta que en vez de eso ser verdad se sabía de manera pública que a Layo lo habían asesinado unos matones foráneos. Que además –continuó Yocasta- el hijo de Layo y de ella sólo cumplía 3 días de nacido cuando su padre Layo, deseando evitar el presagio traído a él por sus servidores, ordenó que lo arrojaran a una montaña desierta después de haberle ensartado los pies con un garfio de hierro. Yocasta hace befa –no queda claro si ella lo hizo por dar ánimo de esa manera a Edipo o por ser ella incrédula de la veracidad del oráculo- del vaticinio diciendo a Edipo que ni el niño fue asesino de su padre ni como el rey Layo -con horror- temía ser muerto por mano de su propio hijo. Y la reina invitaba a su marido Edipo a no creer en oráculos. Pero Edipo le recuerda a la reina Yocasta que la acaba de oír decir que el rey Layo sucumbió en el lugar donde convergían tres caminos. Y le inquiría a Yocasta que le dijera con precisión el punto donde se presentó el hecho, y que en qué tiempo y al ella decirle el sitio preciso y el momento exacto una pesadumbre entró en el alma de Edipo, este insaciablemente seguía preguntándole sobre el aspecto de Layo, la edad de este, etc. Ella le entera que uno de los acompañantes del rey Layo sobrevivió y que ahora vivía en el campo como pastor.

Entonces Edipo le cuenta a Yocasta algo que él nunca le había dicho sobre su linaje y origen, y de cómo un hombre ya ebrio, al finalizar un banquete, le había dicho en el pasado que él era realmente un hijo adoptado por sus padres. Y que lleno de desazón empezó a preguntar a sus padres sobre su verdadero origen. Que había ido al oráculo y este le había respondido que Edipo se ayuntaría con su madre y que daría muerte a su padre. Y que había huido por eso de la ciudad de Corinto en donde vivía para alejarse y así no ser posible que se cumpliera su horrible destino. Que en su marcha llegó al lugar en que se sabía que el rey Layo había sido asesinado y que todo coincidía con lo que ella le había descrito sobre la muerte del rey. Que él había matado al rey Layo, que sólo faltaba saber si él era pariente del rey. Que si así era él debía ser despreciado por todos y que debía incluso ser, en

consecuencia, expulsado del país.

Edipo manifiesta a su mujer que le queda una esperanza tan sólo y que es que el pastor confirme lo que dijo sobre que fueron varios hombres, pues si es así, él, Edipo, no puede ser el asesino, pero que si en cambio el pastor afirma que el asesino viajero era uno sólo, su horrible delito estaría probado.

### **Moctecuzoma, gran Tatloani u Orador de México**

Al llegar Hernán Cortés a la costa del México de hoy gobernaba el Imperio Mexica o Azteca, con asiento en su capital Tenochtitlán, el Gran Orador (en nahuatl, Tatloani) Moctecuzoma II.

El caso de este gobernante que recibe a los españoles invasores y muere de manera indigna del golpe de una pedrada, lanzada por uno de sus súbditos al asomarse a un balcón, es diciente ejemplo de la influencia del presagio y de la magia en el extraño caso (el de la dominación del reino Inca por Francisco Pizarro es muy similar) de cómo se desintegra un sólido imperio, el Azteca.

En el Estado Azteca el Gran Orador o Tatloani, título de Moctecuzoma, encarnaba al Sol, deidad a la que se le rendía un culto central. En ese Estado el individuo no es más que un mecanismo. Es un sistema que pretende ser eterno como el Sol mismo, donde nadie osaba colocarse como disidente del modelo religioso dominante por el temor a quedar fuera de la sociedad misma.

Llegado al Poder en un momento cumbre de la Nación azteca, Moctecuzoma se había convertido como consecuencia de la reverencia que recibía como dirigente en un auténtico megalómano, se le consideraba sagrado (no pisaba la tierra directamente sino sobre esteras o mantas) y dentro del sistema belicista de su Imperio se había manifestado en él un despotismo sin límites.

Pero sabemos, y es ese el motivo de su inclusión en este trabajo como un caso en donde el Presagio y la Magia influyen, o al menos, determinan la conducta del político o del gobernante. El Gran Orador como jefe de una nación que

fundamentaba sus decisiones en la adivinación, la interpretación profética, la lectura de los movimientos siderales, la leyenda, el mito histórico, el vaticinio y el agorerismo, debía de ser alguien que desde cuando asumió el Poder, al menos, era muy inclinado a tales suertes de interpretación de lecturas fenomenológicas en general. No lo hubiésemos sabido a ciencia cierta de no haber sido elegido Moctecuzoma como Gran Orador y de no haber arribado a la costa mexicana, y descendido de sus barcos después de barrenar y perforar sus cascos y marchado a la Capital, Tenochtitlán, el español Hernán Cortés.

En efecto, antes de la llegada de Cortés el Imperio de Moctecuzoma estuvo marcado por la aparición de numerosos signos, los cuales eran interpretados como avisos o premoniciones de que el fin del Imperio estaba próximo.

Del libro de Cecilio A. Robledo intitulado < Diccionario de Mitología Nahuatl > he tomado los siguientes conceptos en relación a los Nahuas y muy especialmente de las gentes de Texcoco y de los Mexicas que los iguala en el sentido de que compartían la tradición de que unos hombres blancos y barbados habrían de venir de Oriente, solos, o guiados por el dios Quetzalcoatl para destruir a sus reinos y para apropiarse de sus tierras y gobierno.

Lo anterior lo creían a pie juntillas los Nobles, y aún los Reyes les daban crédito a esa tradición, y en todo fenómeno natural veían la confirmación de esa tradición, ya que ellos no podían explicarse a la luz de su método científico muchos de esos fenómenos y les dejaba vivamente herida la imaginación exaltada esta, además, por la Magia.

El vulgo, siempre amante del Presagio, creía en todo género de fábulas, hasta que el desembarco de los españoles en las Costas del Golfo de México les confirmó en su pesimismo mágico.

Para precisar la desgracia (vista bajo el punto de vista científico) que es el basar el modelo de vida en los presagios damos a continuación la amplia gama de ellos supuesta o realmente acaecida antes de la llegada de Cortés.

**Prodigios acontecidos antes de la llegada de Hernán Cortés a la costa mexicana.**

El prodigio conocido con el nombre de Mixpamitl, que traduce en lengua nahua <Bandera de Nube>. El cronista Juan de Torquemada dice describiéndolo que una <llama de fuego>, muy grande y resplandeciente, en forma de pirámide, figurando una hoguera que llegaba hasta el cielo, ascendiendo muy ancha desde el suelo y que se adelgazaba y echaba abundantes centellas que semejaban chispas de pólvora encendida, la cual empezaba a aparecer en el Oriente a la media noche e iba subiendo con el movimiento de la mecánica celeste hacia el Poniente, de manera que cuando salía el Sol en el firmamento < que perdía su resplandor, lo mismo que todas las demás estrellas>, y se desaparecía hasta la noche siguiente en que volvía a aparecer en el mismo lugar y a la misma hora. Esto ocurrió durante todas las noches de doce meses. Este fenómeno – Mixpamitl- ocurrió entre los años de 1508 y 1509. Según algunos fue una erupción del volcán Popocatepetl y que los intérpretes de la lectura de los Códices aztecas antiguos no supieron darse cuenta del fenómeno.

El Mixpamitl fue un fenómeno que no dejaba sosegar el ánimo inquieto del Gran Orador (los europeos equipararon este título de gobernante al de emperador dado su amplio poder) Moctecuzoma II , quien, si bien miraba en dicho fenómeno una señal infausta no atinaba a darle cumplida significación. Ninguno de sus astrólogos y adivinos pudo satisfacer sus preguntas y dudas. Moctecuzoma recordaba al rey de los acolhuas, Nezahualpilli, a quien rogó que fuera a la ciudad de Tenochtitlán a visitarle. Lo que Nezahualpilli le dijo fue que no quería inquietarlo pero que tenía que darle cuenta de una cosa extraña y maravillosa que habría de acontecer en su tiempo, y que en poco tiempo sus ciudades serían destruidas y asoladas, que sus hijos morirían. Y continuaba diciendo Nezahualpilli que sus vasallos serían apocados e igualmente destruidos, que para probarle lo que le decía le vaticinaba que jamás vencería a los indios huexotzinca, tlaxcalteca o cholulteca. Que en pocos días se habrían de ver avisos de lo que le advertía, que lo que tenía que suceder era imposible impedirlo, que él, Nezahualpilli, por su parte, no vería esas calamidades pues moriría pronto y que había querido darle ese aviso antes de que su fallecimiento ocurriera.

Moctecuzoma, aunque quedó confuso con lo que le había dicho su pariente Nezahualpilli, quiso someter el cumplimiento de esas profecías –según nos dice Juan de



Torquemada- a un juego de pelota. Jugaría con el rey Nezahualpilli un partido de ordalía. Quien ganara tendría la razón. Nezahualpilli no sólo aceptó sino que apostó su propio reino, el de los indios acolhuas. En el juego resultó ganador Moctecuzoma dos rayas (algo equivalente imagino al set del tenis, al store o entrada del béisbol, y al round del boxeo) seguidas de tres que se habían concertado. Animado por su triunfo el rey azteca Moctecuzoma II le dijo a su contendor Nezahualpilli, que no sólo sería rey de los Azteca sino también rey de los Acolhuas, a lo que Nezahualpilli respondió: <<Yo, señor, os veo sin señorío, y que en vos acaba el reino mexicano, porque el corazón me dice que otros vendrían a vos y a mí y a todos nos quitarán el mando, para que lo creáis como os lo tengo dicho, juguemos y lo veréis.>>

Los adivinos atribuyeron lo dicho por el rey Nezahualpilli a Moctecuzoma a que el primero sabía ya que a las costas del Darién había llegado Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa en el año anterior, 1509, y no a un supuesto o real don de profetizar que aquel tendría. Que el rumor de que había habido otros encuentros con los conquistadores españoles era de público conocimiento porque los mercaderes aztecas o pochtecas lo habían divulgado por la vía de Yucatán y Soconusco. Solamente Moctecuzoma aparentaba ignorar lo que todo mundo sabía ya por táctica política (fue hábil disimulador a la florentina o veneciana falacia, ¿pero que sería del gobernante que no sepa disimular?). Como consecuencia de todo esto Moctecuzoma consultó entonces a un famoso adivino sobre el vaticinio del rey acolhua Nezahualpilli, rey de Texcoco. El nigromántico confirmó que lo dicho era verdadero. Moctecuzoma se enfureció por ello y castigó al infortunado vate asolándole la casa y sepultándolo en ella.

Aunque Nezahualpilli señaló que Moctecuzoma no volvería a triunfar en sus “guerras floridas” contra los de Tlaxcala el rey azteca quiso retar al oráculo mandando un ejército a esa ciudad donde con mala fortuna fue derrotado y sólo pudo tomar ochenta prisioneros para el sacrificio. Esta derrota disgustó tanto al rey Moctecuzoma que este impidió toda solemnidad en honor de los muertos en dicha guerra; mandó tuser (rambar) a todos los capitanes, caballeros y guerreros distinguidos que volvieron de esa guerra; los privó además de sus armas y divisas (banderas, estandartes); les prohibió el uso de mantas y de calzado fino, añadiendo a las anteriores sanciones la prohibición de que entraran al palacio real; el tiempo de la duración de las anteriores penas del rey era de

un año sopena de condena a muerte del transgresor.

A continuación señalamos otros fenómenos que se sucedieron a los anteriores en idéntico sentido:

A) En el año 1510 hubo eclipse de sol, evento que siempre causaba espanto a los mexicanos que lo interpretaban siempre como un presagio de mal augurio.

B) Durante la noche se incendió la capilla del Templo de Huitzilopochtli, sin causa comprobada.

C) Pocos días después, una noche lluviosa se incendió, en el barrio de Zonmolco, el teocalli o templo de Xiuhtecutli, dios del Fuego.

D) El cronista Juan de Torquemada, hablando de los presagios hace el siguiente comentario: <El cuarto pronóstico aconteció un día de cielo claro y despejado, en el que una cometa cayó hacia la tierra, esta tenía tres (3) cabezas, una cola muy larga, que puede ser la misma que Herrera -un contemporáneo suyo- dijo que vio en un día de sol también; pero no fueron varias sino sólo una, es verdad que comenzó en Poniente y fue corriendo hacia Oriente, despidiendo de sí muchas centellas de fuego, de la novedad de esta cometa hubo gran espanto para quienes la vieron. Sin embargo, es voz de que los astrónomos están de acuerdo en que no fue un cometa sino en cambio un aerolito (cuerpo sólido celeste) lo que cayó en esa ocasión.

E) El presagio más admirable fue la resurrección de la hermana de Moctecuzoma que se llamaba Papantzin, que luego que despertó – es muy posible que hubiera sufrido un ataque cataléptico- fue a donde su hermano el Gran Tatloani y a donde el rey Nezahualpilli a decirles que había visto (el relator no nos dice si en el otro mundo o en su sueño cataléptico) a los hombres blancos y barbudos que habían de conquistar sus reinos.

F) Las gentes de Cuatlachtla se negaron a pagar el tributo al rey Moctecuzoma y, por último, mataron a los recaudadores. Según Torquemada la causa de este alzamiento fue que los hechiceros << en un lugar que ellos tenían cavado en la tierra, como pozos dedicados a la adivinación, vieron unos hombres barbados, armados y a caballo,... que los mexicanos iban detrás de ellos con cargas, motivo por el cual ellos dedujeron que el fin del Imperio Mexica estaba cerca, en manos de aquella gente.

G) <En 1511 apareció en el aire –apud Torquemada- un gran pájaro, parecido a una paloma torcaz, con cabeza de hombre, que pronosticaba la velocidad con que venían los que habían de desposesionarlos de sus reinos.> A dicho pájaro lo llamaron Tlacahuilotl o < paloma-hombre>.

En ese mismo año de 1511 –abunda Torquemada- cayó una columna de piedra grande, junto al templo o teocalli de Huitzilopochtli, sin saberse de donde había venido sólo se supo que había sido vista caer, sin duda era un aerolito.

<Por este tiempo –seguimos a Torquemada todavía- hacia la mar del Norte se anegaron los tuzapanecas con un diluvio, que por ellos pasó y asoló sus tierras.>

### **La Piedra de Aculco**

Como en opinión de Moctecuzoma el cuauhxicalli, o piedra de los sacrificios, del Templo Mayor de Tenochtitlán, (el autor de este trabajo vio en un museo los restos extraídos de una excavación de los cimientos de este templo posible gracias a un terremoto en 1980, que derrumbó los edificios construidos sobre lo que había quedado de él), era pequeña, dio órdenes de labrar otro aún más grande. Los canteros y tallistas buscaron una piedra y encontraron una de las justas medidas que se buscaban en el cerro de Aculco, en el señorío de Chalco. Sacada de su asiento y labrada, un inmenso gentío con sogas acudió a llevarla a México. Los sacerdotes aplicaron incienso (copal, el incienso aborigen) a la piedra, le sacrificaron codornices y la cubrieron con papeles, gotas de Ulin (hule) y de copal; danzarines y cantores debían ir delante por el camino, con farsas hechas por bufones y cuentachistes diciendo chanzas y donaires o frases elegantes al pueblo. Terminados los preparativos la multitud tiró de las sogas, pero la roca no se movió y además las cuerdas se reventaron. Moctecuzoma mandó seguidamente a las gentes de Acolhuacán que ayudaran y así lograron poder arrastrar la piedra hasta Tlapechucán. Al día siguiente les fue imposible arrastrarla del sitio durante dos días. Avisado que fue el emperador Moctecuzoma hizo venir a los Otomíes, y cuando entre todos, con gran gritería, tiraban de las sogas, del interior de la piedra salió una voz que decía: <Miserable gente y pobre y desventurada, ¿para qué porfiáis (insistís) en quererme llevar a México? Vuestro trabajo es en vano, yo no he de llegar pues no quiero; pero, pues que tanto insistís,

tirad de mí, que yo iré hasta donde me pareciere bien para mal vuestro.> Después de esto la piedra se dejó mover como si fuera ligera hasta Tlapitzahuayán. Vino gente de refresco de Azcapozalco, pero la piedra habló por segunda vez repitiendo lo dicho y añadiendo: < ya no soy necesaria allá, porque ya está decidida otra cosa, la cual es voluntad de los dioses: que no quiera él (Moctecuzoma) luchar contra ello; que entonces (y siendo así) para que me lleva?, acaso para estar allí (caída) y menospreciada por ahí, avisadle a Moctecuzoma que ya se le acaba su mando y oficio, que pronto lo verá, y experimentará lo que ha de venir sobre él, a causa de que se ha querido hacer (constituir en) más que el mismo Dios, que tiene determinadas estas cosas; y así, dejadme, porque si paso adelante será por vuestro mal.>

Sin arredarse, Moctecuzoma mandó proseguir la empresa, y la roca se dejó llevar fácilmente hasta Techico, junto a Iztapalapan, y luego hasta Atocitlán, ya dentro de la calzada, en donde fue recibida por los moradores de la ciudad con música, bailes, sahumerios, rosas y alegría. Estando el pedrusco encima del puente de Xoloc, se quebraron las vigas y cayó la piedra en el foso, llevándose un gran número de gentes, con algunos sacerdotes que oficiaban. El Emperador hizo llevar entonces los mejores buzos de los lagos, los que tras buscar no encontraron rastro de la roca, había la piedra vuelto a su sitio en Aculco y la vieron rodeada de las sogas rotas, con los papeles, el copal, el uli, y manchas de sangre del sacrificio: fue Moctecuzoma en persona a verla, y sobre ella, para contentarla, sacrificó algunos cautivos.

Es obvio que todo esto tiene una explicación científica pero el pueblo mexicana tenía como un auténtico valor la noción mágica de la existencia y desde ese punto de vista era como se explicaba toda la fenomenología de la que eran testigos. Sin lugar a dudas, la piedra era grande, hubo grandes problemas para su traslado; el puente no era suficientemente capaz para resistir semejante peso y este la llevó al fondo fangoso del lago en donde se hundió, por lo que los buzos no pudieron hallarla. Lo demás lo agrega el pensamiento fabuloso del pueblo.

En efecto, el reino de Moctecuzoma estuvo marcado por la aparición de innumerables signos que predecían o parecían predecir el fin de su Imperio y de su gobierno como Gran Orador.

Dichos presagios, inquietantes para el pueblo, que todos los

cronistas relatan y que ningún historiador ha puesto en duda, se suceden en un lapso de tiempo de 17 años y son manifestaciones evidentes de una grave crisis interior del mundo azteca.

En los presagios, Moctecuzoma está siempre señalado como responsable de las catástrofes que deben llegar y, con todo que era un implacable déspota, en lugar de montar en cólera, hizo grandes penitencias para salvar su reino y salvarse él. Sin duda, existía en él una ambivalencia poseyendo también un optimismo basado en la duda respecto de dichos males pronosticados.

Pero, ¿de dónde emerge este sentimiento de culpa de Moctecuzoma, que le atribuyen los historiadores a su conducta?

En la cúspide del poder imperial azteca y el suyo propio bien podría permitirse Moctecuzoma moderarse en su violencia, en tanto que sus antecesores en el gobierno habían tenido que actuar con ferocidad sobre su pueblo azteca, de manera semejante a como habían dominado a los otros pueblos del Anáhuac.

La historia de los aztecas está llena de hechos de sangre, de traiciones y de sacrificios escalofriantes, pero que se sepa jamás antes de Moctecuzoma se halló indicio alguno de remordimiento por la crueldad empleada contra las víctimas.

¿Otro hecho curioso, por lo menos, es el de que Moctecuzoma acepta críticas y se reconoce culpable de los errores de sus magos o arúspices al leer el paso de un cometa, o en el espejo que lleva una grulla encantada en la cabeza? ¿A que se debe su necesidad de justificación y el pánico que sufre mientras dura su reino? ¿A la cultura mágica de su pueblo, sólo, o a esta y al agregado psíquico de su propia personalidad de carácter a lo Hamlet y a lo Macbeth?

## **Viracocha**

Hatun Túpac Inca fue el octavo emperador del Tahuantinsuyu, o Imperio inca, o quechua, como se le llama equivocadamente con frecuencia también en la cultura

española.

Su padre fue el también Inca Yawar Waca, quien tuvo numerosos hijos de los cuales él fue el más famoso.

Los sacerdotes y los demás dignatarios del Incario (otro título para denominar al Imperio Peruano) lo consideraban peligroso para la estabilidad del Imperio.

Su propio padre, Yawar Waca, lo vio siempre como a enemigo. Yawar Waca era un hombre que padecía de insomnio pues estuvo torturado, como Moctecuzoma, el azteca, por la duda y el miedo. En el centro de esa problemática subjetividad estaba su deseo de matar a su conflictivo hijo por la salud del reino como Layo, padre del parricida Edipo y como el rey Basilio a su hijo Segismundo (en este caso literario sólo se le encierra al príncipe en un castillo desde su nacimiento) en <La vida es sueño>, obra de Calderón de la Barca.

Si Yawar Waca no sacrificó a su hijo fue por cobardía personal pero también fue debido a que su hijo Viracocha, llamado hasta ese entonces Hatun Tupac Inca, era arrogante de manera imponente. Por lo mismo no lo deshereda. El Inca padre y sus funcionarios trataron de escoger como su sucesor a otro de los hijos, según era la tradición de los Collas. Pero a esta decisión los arúspices, o amautas, se oponen para no romper la línea de sucesión dinástica del Poder. Que aquello traería como consecuencia que la confederación se rompiera, opinaban.

Hatun Túpac Inca, que es llamado desde entonces Viracocha, porque dijo una vez que el dios Viracocha era su tío y que le había aconsejado levantarse contra su anciano padre y tomar el Poder.

¿Qué valor tiene para su acción política el que Hatun Túpac Inca invocara la protección del personaje llamado Viracocha?

Para comprenderlo hay que recordar la leyenda antigua entre los quechuas y otros pueblos pre-colombinos de América de un hombre que después de visitarlos e influirlos y llevarlos a la civilización se convirtió en un gran personaje histórico, legendarizado y convertido posteriormente pasado mucho tiempo, inclusive, en un dios. Dentro de ese concepto está comprendido entre los aztecas el dios Quetzalcoatl o la Serpiente Emplumada, Kukulcán entre los Mayas de Centroamérica y el referido Viracocha entre los peruanos pero además tenemos a Bochica, aunque nunca se creó una

leyenda sobre que él fuera confundido por los chibchas con los españoles al llegar estos.

Dichos personajes son misteriosos, no se sabe de donde vinieron, desaparecen después de un período de permanencia con el pueblo y prometen al irse que volverán nuevamente. Eso es lo que los cristianos llamaron Parusía para llamar a la segunda supuesta venida de Cristo a la Tierra. Dicho personaje es distinto al pueblo al que viene a civilizar, es de raza blanca y tiene barba como los europeos –los pueblos amerindios es fama que la tienen poca-.

En el ensayo sobre Moctecuzoma hemos anotado que cuando Hernán Cortés llegó a la costa mexicana fue ampliamente considerado por el pueblo como el dios Quetzalcoatl que volvía a cumplir su promesa, que regresaba a encontrarse con su pueblo. Esa es la alusión que hace el Inca, añadiéndole que él consideraba al tal dios Viracocha como a su “tío fantasma”, como le llamó.

El sacerdote padre Blas Varela, interpretando la significación de este nombre, Viracocha, lo traduce como <numen>, que es la voluntad y poderío de Dios; añade el Inca Garcilaso de la Vega en sus “Comentarios Reales” que el Padre Varela lo dice no porque signifique eso el nombre Viracocha sino por la deidad en que los indios tuvieron al fantasma, que después del Sol le adornaron por Dios, y le asignaron el segundo lugar. Como reflejo del Dios el Inca Viracocha fue muy venerado y adorado como ningún otro antepasado, como si en él hubiese nueva y mayor deidad pues habían ocurrido por él cosas extrañas y admirables. Y aunque el Inca prohibió que se le adorase a él como a un Dios, en vez de a su “tío el fantasma”, el que se le había aparecido, no pudo acabar con esta adoración. Apenas logró que lo adorasen a ambos, por igual, ya que nombrando a cualquiera de ellos dos dado que tenían el mismo nombre se entendía que nombraban a ambos. El Inca Viracocha, para honra y fama de su “tío el fantasma”, y de sí mismo, edificó un templo.

Continúa Garcilaso diciendo que se puede creer que el Demonio, como muy ducho en maldades, causase el sueño al príncipe cuando este dormía, o que estando este despierto se le apareciese aquella figura, pues no estaba claro si el príncipe dormía o velaba, y los indios se inclinaban a creer que no dormía sino que velaba debajo de aquella peña. El fantasma llegó diciendo que era hijo del Sol y hermano de los Incas ( o emperadores). Garcilazo nos dice que Viracocha es un dios fantástico, que algunos historiadores españoles

dicen que los indios tuvieron como dios principal pero que eso fue para adularlos comparándolos con Viracocha. Que los peruanos tuvieron como principal dios visible al Sol y a Pachacámac como a un dios invisible. Que al juzgar como “deidades” a los recién llegados españoles les llamaban eran “hijos del Sol”, así como lo dijera el fantasma Viracocha.

El Inca Viracocha es el primer inca imperialista, su objetivo era dominar a los pueblos alejados de la política de los Incas. En la confederación Inca el grupo dominante era el de los incas. Viracocha obliga militarmente a sus vecinos a incorporarse a las leyes del Tahuantinsuyu. Lo que le preocupa a Viracocha es darle unidad religiosa a la Confederación (como Napoleón intuye en la religión un factor de aglutinación social).

Construyó en las cuatro regiones de su imperio templos al Sol y cambió su nombre de Hatun Túpac Inca a Viracocha, para cumplir con su promesa de venerar la memoria del dios del mismo nombre, que le ayudó con “hombres barbados” a triunfar contra sus enemigos.

Nunca depuso Viracocha el Inca su desprecio por su padre, Yawar Waca, y sus dignatarios por sus conductas en los días de peligro.

Su hijo Cussi Yupanqui venció a los Collas. Viracocha hizo un matrimonio político con la hija de un curaca o jefe quechua.

Viracocha fortalece el poder del emperador como personaje divino para aplacar las ambiciones de la casta sacerdotal.

Viracocha se retira del poder y lo cede a su hijo Inca Urcu u Urcón al levantarse las tribus de Huamanga nuevamente. Ante el peligro inminente la nobleza depone del poder al viejo Viracocha y a su cretino heredero Urcu, dando el mando en lugar de a él a Cussi Yupanqui, hijo tercero de Viracocha. Cussi subirá al trono y tomará el nombre de Pachacútec, que traduce “el reformador” o bien “el que da nuevo ser al Mundo”.

Pachacútec será remplazado a su longeva muerte por su hijo Túpac Yupanqui, quien a su vez fue sucedido por su hijo Huaina Cápac. Antes de morir Túpac Yupanqui, alrededor de 1493 dictó a los estraderos reales, o kipucamayos, la sentencia: “La ambición impide que el hombre se domine a sí mismo y domine a los otros.



Con el gobierno de Huaina Cápac el Imperio Inca o Tahuantinsuyu llegó al clímax de su poder. En cada cambio de soberano se revive la esperanza de modificar las leyes inflexibles; de ver humanizadas las duras prácticas de los mitimaes y los duros castigos; de reducir los privilegios de los nobles del Hanan Cusco o Alto Cuzco y los pecados mortales de las autoridades; de no tener que escaparse de la realidad con el uso de la coca.

Esta planta tiene un alcaloide que ha abierto camino al conformismo. Al principio solo la nobleza la usa, la hoja de coca que les da resistencia al ejercicio de la guerra y a los placeres de la cama o del haren. Seguidamente la coca pasa al pueblo que la usa para todo, cosa que va generalizando el sentido de la indiferencia por las alegrías de la vida y destruye la admirable capacidad de trabajo de este pueblo.

En 1525 muere en Quito el Inca Huaina Cápac, a 400 leguas del Cuzco.

Viene entonces la sucesión de Huaina Cápac, en vida escoge a sus hijos Ninan Cuyote y Huáscar como herederos posibles suyos. Los **presagios** fueronles adversos a los príncipes elegidos por su padre y el Inca Huaina fallece antes de designar a un tercer posible heredero de su poder.

Ninguno de los 40 hijos de Huaina tenía mayores o mejores títulos que Ninan Cuyote. No queda más recurso que nombrarlo sin hacer caso de los oráculos. Pero Ninan Cuyote muere repentinamente y la solución posible es cumplir la voluntad del Inca Huaina de investir la insignia del mando a Huáscar (voz que significa Cadena o Soga).

El nacimiento de Huáscar había complacido mucho a su padre que como conmemoración de este hecho mandó labrar a los orífices una cadena de oro de 200 metros de largo para ser extendida en la Amaru Cancha en ciertas festividades religiosas. De allí el nombre de Huáscar impuesto al recién nacido niño.

Los generales quiteños reconocen como superior el derecho de Huáscar a la masca-paicha, o corona, pero sostienen que en varias ocasiones el Inca padre Huaina había manifestado su voluntad de no dejar sin mando a su dilecto hijo Atahualpa, aunque su deseo planteara el reforzar a los Scires o reyes de Quito, de quienes Atahualpa descendía a través de Paccha Duchisela, su madre.

El amor de Huaina por su bastardo pudo más que la política

y fue una amenaza al principio de unidad del Imperio, fuerza fundamental de la federación.

Atahualpa, nacido en el Coshco o Cuzco en la voz españolizada, como su hermano Huáscar, aunque hay historiador que lo da como nacido en el reino de los quitus, era dos años menor que Huáscar, fue llevado por su padre en los viajes y campañas y el viejo Huaina, su padre, le admiraba por su talento para gobernar y guerrear.

Según un cronista Huáscar era clemente y piadoso y Atahualpa cruel y vengativo; ambos, eran generosos; Atahualpa era más animoso y esforzado y Huáscar de más presunción y valor.

El Inca Huaina Cápac justifica el dividir el Imperio basado en el argumento de que Atahualpa se encargaría de llevar hasta Cundinamarca, (“la tierra del cóndor”), en Colombia, más allá de Quito, donde dominan los Muiscas (Chibcha era su idioma), los beneficios de la civilización del Sol, Inti, Esperaba que sus hijos, Huáscar y Atahualpa, acataran y entendieran su decisión y que compartieran el mando en mutuo entendimiento.

Los generales quiteños rechazan a Huáscar y proclaman Inca a Atahualpa. Este figura por primera vez de manera protagónica en la historia del Incario.

Los generales de Quito, Caculchima, padre de Paccha Duchisela, madre de Atahualpa; Rumiñahui y otros, lo sacan a la escena para representar la tragedia que culminará en Cassamarca, (Cajamarca), “la ciudad de los vientos helados”.)

Todos en el Cuzco u Ombligo, obedecen a Huáscar. No se sabe si Atahualpa, desde Quito, se rebela aspirando al reino de los Caras o para pretender el trono incaico. Inicialmente parece reconocer el superior derecho de herencia de Huáscar su hermano pero las intrigas de parte y parte lo llevan a la rebeldía. Es que cuando los dioses quieren perder a los hombres les mandan a Ate, la Soberbia, es la famosa frase de Sófocles.

Los cuzqueños presionan a Huáscar para que ciña la mascapaicha. Grandes fiestas vienen, se coloca en la Amarucancho la “Cadena de Oro” que da nombre a Huáscar y se exponen las momias o “bultos” de los antepasados incas o reyes.

Sin embargo, las predicciones o augurios continúan adversas

a Huáscar. Durante la fiesta de la primavera o Inti Raymi, el 24 de junio, al iniciarse el solsticio de verano, un águila real es atacada por halcones y aquella cae en la plaza de la Alegría de la ciudad del Cuzco. Este hecho es tomado como un presagio que se suma a los anteriores en anunciar la calamidad del Imperio. No sin razón,

En Quito, Atahualpa también se prepara por su lado para gobernar a sus súbditos, castigando a las provincias que están impacientes por liberarse del dominio de los Incas, entre ellas las de Huacavelica cuyos habitantes fueron dominados rápidamente.

Las mejores legiones de Huaina Cápac apoyan a Atahualpa. Al frente de ellas están Caculchima “primer capitán de los indios”, Rumiñahui, Sotaurco, Quisquis y otros.

Mientras los ejércitos se aprestan para la guerra, Huáscar y Atahualpa se envían mutuamente embajadas diplomáticas con propuestas de paz que terminaban con los enviados asesinados a cuchillo. Los dos bandos se responden con la muerte. Solo la muerte de uno de ellos dirimirá la contienda.

Los dos hermanos, Huáscar y Atahualpa, el primero sostenido por su derecho y el segundo por su ambición se han decidido por la guerra. Los dos se sienten herederos: Atahualpa en Quito, Huáscar en el Cuzco.

La contienda traerá sobre el Imperio del Tahuantinsuyu o Cuatro partes del Mundo la guerra civil que consumará todo lo que dicen las profecías y los malos augurios, su destrucción por los españoles, que aprovecharán la división entre hermanos y pueblos por razones de poder y ambición, con una tecnología superior representada en armas de fuego, perros y caballos.

En Ambato, centro de Ecuador, se enfrentan los dos ejércitos: Atoco, el capitán al mando del sureño o del Cuzco, y el de Quito, dirigido por el victorioso general Caculchima, abuelo de Atahualpa. Este vence en nombre de su nieto. Atahualpa avanza con sus tropas hacia Tumbamba, va en “andas (silla) de oro y lleva en las manos ramos verdes de paz, regala cosas, ofrece amistad y clemencia a sus súbditos, doquiera que pasa”.

En Tumbamba vuelven a enfrentarse los dos ejércitos y Atahualpa vence de nuevo. Se dirige entonces al Cuzco donde los habitantes suponen que sus enemigos quiteños serán deshechos ante las megalíticas murallas que dominan a

la ciudad, la de Sacsahuamán o <Halcón ahito>.

Mientras tanto, otros vaticinios sostienen que la peste diezmará al ejército enemigo antes de que lleguen a la Ciudad Santa del Imperio: al Cuzco o <Pecho del Mundo>.

Al poco tiempo llega Calcuchima a las fortificaciones del Cuzco. Están todos los de Huáscar al mando de Urco Huaranca y de Inca Roca. Juran no reconocer por Inca sino a quien ciña la masca-pacha o Insignia Real en la capital de Imperio, “lo que le viene a Huáscar derechamente”.

El encuentro del primer día hace creer a Huáscar en una segura victoria pues los generales de Atahualpa simulan una retirada que es una estratagema para recuperar fuerzas. Al día siguiente los quiteños atacan con mayor vigor a los reclutas improvisados de Huáscar. Todas las divisiones son aniquiladas o capturadas. Calcuchima se apodera de Huáscar sacándolo de la litera. Al enterarse de eso el resto de la tropa huye abandonando la capital. Calcuchima se instala en la litera de Huáscar y seguido de sus soldados simula ser Huáscar victorioso, rodeado de prisioneros. Lo victorearon y aclamaron hasta que se dieron cuenta del engaño pero la magnanimidad de los atacantes al no saquear la ciudad los tranquilizó y juraron fidelidad a Atahualpa. En esta batalla de Quipaypan se dio a un Inca la más tremenda derrota nunca antes sufrida por alguno. La nobleza fue masacrada; cinco jefes de Huáscar entre generales y sacerdotes fueron ejecutados; otros fueron obligados a arrancarse las cejas y las pestañas en señal de acatamiento al nuevo emperador; Huáscar salva la vida por su origen divino. Parece que la madre de Huáscar lo abofeteó increpando su incapacidad tal como Aixa dijo a su hijo Boabdil Zogoibi al entregar Granada a los Reyes Católicos: “llora como mujer lo que no pudiste defender como hombre”.

Sarmiento dice que sus generales victoriosos le comunican a Atahualpa en Cajamarca, quien desde allí manda ejecutar a toda la familia imperial, incluyendo esposas, hijos mayores y niños. Ordenó además que sus cuerpos fueran amarrados a los postes de un largo camino que salía del Cuzco. Más de ochenta hijos fueron muertos de este modo. “De las concubinas sólo perdonó a las que no habían parido o no estaban en cinta”. Más tarde, antes de la llegada de los españoles, mandó matar a Huáscar en la prisión de Jauja.

En opinión de los cronistas el triunfo envaneció a Atahualpa, se tornó autocrático, vanidoso y cruel. Sarmiento nos cuenta

que al consultar un oráculo, **este le predijo un fin violento.**

Furioso al escucharlo le cortó él mismo la cabeza al anciano sacerdote y demolió la huaca o lugar sagrado. Por contera para que nadie pudiera escribir esta guerra cainita ordenó que mataran a los kipucamayos.

Por esos días desembarcaban en las costas de Tumbes los españoles invasores.

Al remontar el viajero las empinadas cumbres desde la Costa hasta Cajamarca entre espinos y cactus están presentes en su mente las imágenes fantasmagóricas de los hombres que con Pizarro a la cabeza hicieron antes este mismo camino en uno de los más dramáticos episodios de la humanidad.

De estos hombres, 177, sólo 67 iban de a caballo, y habían soportado mosquitos, calor, desesperanza, hambre, odio, fatiga, luchas con los indios, heridas, soledad, desde su salida en España. Desde su salida de San Miguel de Piura el 24 de septiembre de 1532 la marcha por el desierto peruano había sido atroz. Pero el camino de la sierra resultó aún más duro por los acantilados y el soroche o mal de altura. El atardecer del 15 de noviembre 53 días después avistaron Cajamarca desde las alturas.

Allí, en ese valle, iban a despejar la incógnita. Ahí, ciertamente, los esperaba el fracaso o la gloria. Acezando todavía por el esfuerzo de trepar las montañas, con las barbas tendidas por el viento, andrajosos, se quedaron silenciosos mientras tremolaba sobre sus cabezas el púrpura estandarte de la Conquista, con las armas del Emperador Carlos V. Abajo, en el fondo del valle, donde en el centro de una ciudad simétrica aparecía una gran plaza circular, los españoles vieron marchar una tropa formidable, que reverberaba al sol con las puntas de sus lanzas y los adornos de oro y plata que llevaban en sus vestiduras: petos, orejeras, brazaletes, etc.

Más que un ejército semejaba una procesión apoteósica que se desarrollaba como una serpiente coruscante en cinta interminable.

El campamento del Inca, con un enjambre de tiendas, se encontraba al Este de esta ciudad de piedra, cuya plaza era mayor que cualquiera de Europa.

Pizarro, con aquella audacia increíble que lo caracterizaba, ordenó bajar a la población, cosa que los soldados hicieron

con presteza, ocupándola a mitad de aquella tarde.

Inmediatamente envió a Hernando de Soto, con algunos de a caballo, a entrevistarse con el Inca.

Soto llevaba la misión de invitarlo a cenar aquella noche con Francisco Pizarro.

Hernando de Soto llegó hasta el campamento incaico sin ser molestado en lo mínimo.

“Tanta gente vimos que experimentamos gran miedo pero fuimos lo suficientemente prudentes para no dejarlo traducir”, contaría después uno de los conquistadores.

El poderoso Inca Atahualpa estaba en el interior de un palacio de piedra, seguro de su invencible poderío; orgulloso por sus grandes triunfos sobre su hermano Huáscar, que lo habían convertido en emperador del Tahuantinsuyu.

Y si aquella pequeña tropa de españoles llegó hasta la puerta de su palacio, fue porque así permitió él que sucediese. ¿Qué podía temer de aquel puñado de andrajosos hombres?

Atahualpa, un emperador de 33 años, era un inca en triunfo, que comenzaba a ejercer plena autoridad sobre su inmenso imperio.

Nacido en Quito, había pasado gran parte de su vida en Tumibamba (Ecuador). Hijo del gran Huaina Cápac, quien ejerció el imperio hacia el norte, y de la ñusta Paccha, fue educado como noble.

Al llegar los españoles ya Atahualpa había vencido y estaba restableciéndose de la campaña, camino del Cuzco, en los baños termales de Cajamarca.

Muy seguramente Atahualpa recibía un tratamiento de baños cuando De Soto y sus jinetes pararon ante su palacio y demandaron que saliera el Inca. Al gritar Hernando Pizarro que saliera, los indios como respuesta colgaron una tenue cortina en la puerta y detrás de ella alguien se sentó: era Atahualpa.

El Inca estaba sentado sobre un duho de madera colorada, tenía dos mujeres a su lado y estaba rodeado de muchos nobles y orejones. Los demás guerreros, quiteños todos, permanecieron a la distancia en compacta multitud.

Habló Hernando de Soto, mientras el Inca lo escuchaba sentado detrás de la cortina transparente, con la mirada fija en el suelo, sin mirarlo. Pedro Pizarro, el cronista que más tratara al Inca lo describe “como bien dispuesto, de medianas carnes, no muy grueso, de buen rostro y grave la expresión, los ojos enrojecidos y muy temido por los suyos”. Según otro cronista, Francisco Jerez, secretario de Francisco Pizarro el emperador “era hombre de 30 años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso, el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre”. Gutiérrez de Santa Clara dice que: “tenía la barba depilada y hablaba con gran gravedad como un gran señor”. Martín Morúa dice que tuvo “grandísimo ornato y aderezo en su persona y mucha abundancia de mujeres”. La borla grana de la mascapaicha, símbolo de la autoridad como emperador, ornamentada con canutos de oro y esmeraldas, le caía sobre la frente, hasta las cejas. Alguien dice que tenía una cicatriz en un muslo, recuerdo de un combate.

Con la cabeza inclinada, Atahualpa dejó que Hernando Pizarro terminara su discurso y no dijo ni una palabra. Se hizo un silencio dramático. Hernando Pizarro intervino entonces, pero el Inca tampoco respondió. Después de un largo silencio el soberano dijo que aceptaba la invitación de Pizarro, que al día siguiente iría a Cajamarca, y que le reuniesen todo lo que los españoles habían robado en el camino...

Luego el Inca invitó a los dos capitanes sendos vasos de licor fermentado de maíz, y Soto, por corresponder a la atención, hincó las espuelas a su caballo y después de hacer cabriolas lo lanzó a galope tendido por el pradillo bordeado de guerreros, asustando a algunos y haciéndolos retroceder. Luego volvió grupas al corcel y arremetió contra el Inca dispuesto a intimidarlo, pero Atahualpa miró al caballo sin hacer ni un movimiento. Soto frenó al caballo muy cerca del Inca, este salpicado de saliva del animal no se inmutó ante la admiración del jinete.

Al día siguiente hubo una larga espera. El puñado de españoles vio desfilar durante horas y horas las columnas de guerreros indios. La plaza estaba atestada de guerreros y todo hacía ver que se preparaba un gran espectáculo, quizá la captura de los españoles.

Pizarro, en medio de la angustia de los suyos, optó por un plan decisivo que revelaba a su vez una astucia increíble: apoderarse de la persona del Inca. Comenzó a colocar a sus

soldados en los lugares elevados. El viajero actual puede rememorar estos hechos al visitar las faldas del cerro Santa Apolonia, cerca de la ciudad, donde Pedro de Candía situó su falconete, con el cual aterró a los indios en la sabatina del 16 de noviembre de 1532.

Ante los ojos de los españoles la inmensa procesión que llenaba la plaza no terminaba nunca. El camino fue limpiado del más pequeño guijarro y apareció la corte de nobles enojados, con plumas y resplandecientes, marchando sobre el tapiz de flores que cubría el piso. En andas brillantes venía Atahualpa rodeado de 80 hombres. Estete dice que los maderos estaban cubiertos de plata y su trono de oro estaba incrustado de esmeraldas. Según Jerez y Pedro Sancho el trono de oro era de 15 kilates y pesaba 83 kilos. Los indios venían lentamente y haciendo maniobras para acampar. Pizarro mandó a Hernando y a Aldana para que suplicaran al Inca otra vez que entrara en la plaza. Atahualpa le mandó a decir que cumpliría su palabra y que iría sólo con soldados desarmados ya que iba en son de paz.

Los españoles se dieron cuenta de que los indios traían armas debajo de las vestiduras. El Inca llegó al centro de la plaza triangular donde estaba la muchedumbre. Llegado allí Atahualpa preguntó que donde estaban los barbudos. Le respondieron que se habían escondido de miedo. El Inca decidió actuar. Uno de los barbudos salió, era fray Vicente de Valverde, un dominico, el capellán de la expedición encargado de dar la coartada para iniciar la matanza para capturar al Inca. Existen muchas versiones sobre lo que diría Felipillo, pero la vida de este <lengua> o intérprete incita a desconfiar de lo que verdaderamente dijo. De él dijo Francisco López de Gomara que era liviano, inconstante, mentiroso, amigo de revueltas y de sangre, y poco cristiano aunque fue bautizado. La verdad es que Atahualpa montando en cólera arrojó el libro del evangelio que el fraile ladino le mostró.

Pizarro, cumpliendo la coartada desesperada gritó: “Santiago y a ellos”. Los arcabuces y la artillería retumbaban, los caballos se lanzaron contra los indios y los infantes atacaron con sus lanzas, mientras atronaban las trompetas. Ante semejante estruendo la multitud fue buscando la plaza amurallada y en su retroceso tumbó uno de los muros. Pizarro aprovechó la confusión y llegó hasta la fabulosa litera del Inca. Dieron con ella en tierra e hicieron prisionero a Atahualpa a quien le desgarraron sus ricas vestiduras. Jugándose el todo por el todo los españoles causaron una



carnicería. Atahualpa fue confinado en un cuarto de la Jatuncancho, enclavada sobre un zigurat con cinco plataformas, que había pertenecido al régulo de Cajamarca Chuqui-Chancay. En 50 minutos 168 aventureros desbarataron el invicto ejército incaico de 30.000 mil hombres que había conquistado toda la América del Sur. Atahualpa, prisionero y encadenado en ese reducido cuarto, denominado Cuarto del Rescate, llamado también Palacio del Inca, este palacio, semiderruido, conserva aún las paredes del Cuarto del Rescate, que son de piedra pulida. Este está construido de aparejo poligonal regular y es de estilo neoclásico inca, el espacio a llenarse de oro y plata era de 22 pies de largo, por 17 de ancho y 9 de alto.

Salieron los emisarios del Inca por todo el Imperio, pero la avilantez de los pizarristas no aceptaba espera. Almagro y sus hombres que no tenían derecho al reparto presionaban para que este se hiciera pronto y así el oro fuera de todos de allí en adelante, opinaban que la muerte de Atahualpa era el mejor modo de poner fin a lo que consideraban era una farsa en contra de ellos. Por su parte Felipillo insistía en que Atahualpa planeaba la muerte de los españoles desde la prisión. Lo que agradaba a los de Almagro, que deseaban la muerte del Inca, contra la voluntad de Pizarro. Pero la noticia de la muerte de Huáscar y el miedo de la tropa decidió al Gobernador.

El proceso de Atahualpa fue rápido (además de injusto). Fue condenado a la hoguera, al ver el fuego aceptó bautizarse y le rebajaron a la muerte por garrote. El cura Valverde, lo bautizó como Francisco. El día 29 de agosto de 1533, Atahualpa fue atado de un palo en la plaza mayor de Cajamarca y estrangulado. Sus ropas fueron chamuscadas para cumplir la sentencia. Al día siguiente fue enterrado entre grandes llantos de las mujeres y sus criados

El Imperio sintió sobre su cielo el vuelo del cóndor que avisaba su final pues desde Cajamarca salió Pizarro para el Cuzco.

### **La leyenda medieval de Julián el Hospitalario**

El siguiente caso es de carácter literario como el de Edipo y

el de Segismundo, pero fue primero una leyenda medieval hasta cuando Flaubert le dio forma literaria, digamos, definitiva, con el mismo título que lleva este trabajo.

La leyenda de Julián, dice Enrique de la Vega en su obra <Gustavo Flaubert, Las agonías del Estilo> es una “bella y trágica historia medieval” la cual fue siendo añadida en elementos de generación en generación, como pasa con las leyendas que se hacen populares.

De la Vega resume el tema así:

“Julián es hijo de un noble señor crecido en un castillo, al concebirlo su madre **sueña** que ese hijo deseado, con el correr del tiempo, será como un animal salvaje que acabará por matar a sus padres. Julián crece fuerte y feliz. Su padre le enseña a cazar con arco y flecha, con lanza y espada, como todo señor de “horca y cuchillo” debe saber.

En una ocasión en que Julián estuvo a punto de cazar un ciervo el animal le vaticina que algún día matará a sus padres. (En ciernes de la batalla del puente Milvia un ciervo, igualmente, pero en este caso con una cruz entre los cuernos avisa a Constantino, según leyenda también, que vencerá en la batalla: <In hoc signo vinces>).

Horrorizado Julián rompe sus armas y huye de su casa, sin decir nada a nadie.

Peregrina a Roma, visita al Papa, a quién le refiere la profecía que le hizo el ciervo. El Papa le aconseja que olvide la profecía y que vuelva a casa con sus padres.

En un viaje a Compostela reasume su condición de caballero; se distingue en brillantes acciones y se casa con la hija de un señor poderoso.

Satisfecho, con todo, olvidó la profecía del ciervo, y vuelve a cazar, su pasión.

Un día en que Julián cazaba vinieron a su casa sus padres, quienes lo buscaban sin descanso desde su huída del hogar paterno.

La esposa de Julián los atiende, les da su propia alcoba para que duerman en la cama del matrimonio.

Así, se cumple la malhadada profecía pues Julián de noche vuelve a su casa, su esposa duerme, al entrar a su alcoba

encuentra a un hombre acostado allí con una mujer, matándolos a ambos.

El hombre es su padre, la mujer es su madre.

La profecía se ha cumplido.

### **La vida es sueño**

La obra de Calderón de la Barca, “La vida es sueño” se desarrolla en Polonia, que era considerada un país remoto para esa época, tal como se nota en el desarrollo de la de M. de Cervantes, titulada “Los trabajos de Persiles y Sigismunda”.

Está escrita en verso, es pues, teatro versificado. Sus temas básicos son el Honor sexual, la dignidad y lo circunstancial de los hechos de la vida misma. En el fondo de ella está el platonismo en la Idea de que la verdad es una ilusión, tal como lo dice Platón en la <Alegoría de la Caverna>. En un lugar rocoso está enclavado un castillo que por su arquitectura se confunde con el entorno. Dos viajeros, un hombre y una mujer, (vestida de hombre), aprovechando un descuido del guardián, Clotaldo, entran y escuchan los lamentos y quejas de un hombre joven que se pregunta a sí mismo qué es lo que motiva que él esté allí encerrado como una fiera; pues algunas de estas están libres, y en cambio él no. Al notar la presencia de los intrusos en el castillo-cueva amenaza con matarles. El guardián mayor, y ayo de Segismundo, Clotaldo, encara a los intrusos y les dice que han desobedecido la orden del Rey, que a él compete hacer cumplir, de no entrar a la gruta. Pero ella le explica que vienen en una misión y que en prueba de eso trae una espada que el guardián Clotaldo reconoce como de su hijo, lo cual hace que de allí en adelante los protegerá.

En la siguiente Escena aparece en la Corte el rey dirigiéndose a sus dos sobrinos, un hombre y una mujer, hijos de sus hermanos, y herederos al trono después de que se casasen estos, pues no ha tenido hijos, según él mismo dice. El rey recuerda que su mujer, estando en embarazo, sonó que su hijo sería la desgracia de la familia, pues mataría al padre. “En Clorilene, dice el rey, tuve un infeliz hijo, en cuyo parto los cielos se agotaron de prodigios. Antes que a la luz hermosa le diese el sepulcro vivo de un vientre su madre

infinitas veces, entre ideas y delirios del sueño, vio que rompía sus entrañas atrevido un monstruo en forma de hombre, y, entre su sangre teñido, le daba muerte, naciendo víbora humana del siglo”. Y continúa “Llegó de su parto el día, y los presagios cumplidos (porque tarde o nunca son mentirosos los impíos), nació un horóscopo tal, que el sol, en su sangre tinto, entraba sañudamente con la luna en desafío, y siendo valla la tierra, los dos faroles divinos a luz entera luchaban, ya que no a brazo partido. El mayor, el más horrendo eclipse que ha padecido el sol, después que con sangre lloró la muerte de Cristo, este fue, porque anegado el orbe en incendios vivos, presumió que padecía el último paroxismo”. “...En aqueste, pues, del sol ya frenesí o ya delirio, nació Segismundo, dando de su condición indicios, pues dio la muerte a su madre, (ella muere en el parto), con cuya fiereza dijo: “Hombre soy, pues que ya empiezo a pagar mal beneficios”. “Yo, el rey Basilio, acudiendo a mis estudios, en ellos y en todo miro que Segismundo sería el hombre más atrevido, el príncipe más cruel y el monarca más impío por quien su reino vendría a ser parcial y diviso, escuelas de las traiciones y academia de los vicios; y él, de su furor llevado, entre asombros y delitos, había de poner en mí las plantas, y yo, rendido a sus pies me había de ver”. “Pues dando crédito yo a los hados, que divinos, me pronosticaban daños en fatales vaticinios, determiné encerrar la fiera que había nacido”. El rey manifiesta asimismo que por tres cosas que lo trabajan moralmente con remordimientos ha resuelto liberar a su hijo de su encierro, la última porque “el ver cuánto yerro ha sido dar fácilmente crédito a los sucesos previstos; pues aunque la inclinación dicte precipicios a su hijo quizás no le vencerán porque aunque el hado sea esquivo y la inclinación violenta sólo afectan el libre albedrío pues no lo fuerzan”. Segismundo es puesto, pues, en libertad sin ser por eso enterado de que es hijo del rey, y su heredero y encargado del poder, que debe ser obedecido por todos, pues habiendo probado el príncipe recluido contra los “hados que es cuerdo, prudente y benigno, podrán gozar de su gobierno después de que ha estado en el monte y de las fieras vecino”. Si el príncipe abusa de su poder entonces su padre, el rey, lo desposeerá de su trono y lo recluirá nuevamente, sin ser como en el primer caso crueldad, cosa que lo acongoja, sino castigo, y que

dejará a sus sobrinos Astolfo y Estrella el poder al casarse estos, pues son en ese caso los legítimos herederos de Polonia.

Segismundo es liberado, y al ser enterado de que él es el príncipe heredero monta en cólera contra Clotaldo, su ayo y guardián en la prisión del castillo, quien dice que sólo obedecía órdenes del Rey, pero Segismundo le rearguye que la ley injusta no ha debido ser obedecida cuando su padre el rey lo mandó a que obedeciera contra él semejante extrañamiento.

Mediante artes opiáceas, Clotaldo, el ayo y guardián, vuelve a dormir a Segismundo y este aparece nuevamente prisionero en el castillo en la montaña. Pero poco tiempo después el ejército y el pueblo se presentan ante el castillo para decirle a Segismundo que ellos reconocen por rey de Polonia a su persona y no a Astolfo, su primo, ya que este es moscovita o sea ruso de nacimiento. Segismundo, que vuelve a considerar que la vida es un sueño pues ha sido sucesivamente prisionero, rey, prisionero y otra vez reconocido como rey por el ejército, se apresta a ponerse al frente de las tropas para vengar lo que él juzga afrentas que le han hecho desde niño en su vida, libertad, honor, y dignidad.

Rosaura le hace a Segismundo un recuento desde cuando ella lo vio en la prisión hasta ahora y Segismundo sabe por eso – según dice él mismo- que no ha soñado, que todo lo que ha pasado es verdad y no sueño como él creía.

El ejército de Segismundo vence al de su padre, el rey, este no sabe qué hacer ante la derrota, es encontrado y se arroja a los pies de su vencedor, su hijo, el príncipe Segismundo, quien explica a la corte de Polonia lo que todos ignoran: que su padre por justicia y venganza le ha convertido contra su naturaleza en una fiera al haberlo enviado a una cárcel en el castillo, de donde sólo salió momentáneamente como en un sueño, añadiendo que los Cielos cumplen lo que dicen y que he allí a su padre, el rey, destronado por su hijo, pero que él, el príncipe Segismundo, vencedor de su padre, será vencedor de sí mismo y que no tomará venganza contra su padre.

En este episodio la profecía se cumple y no se cumple al mismo tiempo, como en un Sueño.



***Libros Virtuales***

***Café Berlín***



- [Extranjeros y cronistas criollos](#) **NEW**
- [Palabras inecesarias](#)
- [Cartagena marinera](#) /exposición de Jesús Díaz
- [Cosas nuestras](#)

